

André Reboullet

Colette y la esclavitud del amor

A Jeanne et Genevieve Mazzini



“TODAS mis novelas repiten hasta la saciedad el tema del amor, pero a mí no me ha cansado. Sin embargo, sólo he vuelto a tratar el amor en mis novelas cuando he recobrado estimación por él y por mí” —confiesa Colette en su libro *Mes apprentissages*.

Sin embargo, en *La naissance du jour* el amor se ha tornado “una de las grandes trivialidades de la existencia”. Colette acepta aún que Vial hable del desprecio del amor, que, dentro de su amor al amor, se adivina al leer sus obras.

Aprecio y desprecio, curiosidad y desdén. Tratar de explicar estas contradicciones, ¿no es acaso definir a Colette, a esa Colette íntima y conmovedora para quien el amor ha sido uno de los mayores afanes de la existencia y el tema más constante de su obra?

Pero conviene analizar antes la crisis moral por que atraviesa Colette entre los veinte y los treinta años, crisis tan aguda y grave que decidió su vida y su obra.

* * *

Cuando Willy se casa con Colette, él tiene treinta y cinco años y ella, veinte. Trece años más tarde, en 1906, se divorcian. Colette disfrazará primero aquella década prolongada de su existencia a través de relatos novelados (*Les Claudines, La Retraite sentimentale*), en los que inútilmente oculta el drama de su vida tras la moraleja de una trama idealizadora y, más tarde, mediante confidencias, (*Mes apprentissages, Noces*), en las que cuenta valientemente y sin rodeos “lo que Claudine no ha dicho”. La simple yuxtaposición de ambas series de textos nos revela —como imágenes vistas al través de un estereoscopio— el exacto relieve de aquel drama.

Lo que impresiona a primera vista, son las anomalías de aquella unión. Colette es joven, Willy ya es hombre maduro; no hay duda de que la compañía de hombres maduros agrada a las jóvenes; “pero, agrega Colette, secretamente, las entristece”. Colette es hermosa, él es feo. La mirada se espanta ante las fotos de la pareja, irónicamente tituladas “Luna de miel” o “Recién casados”, fotos que ilustran *Mes apprentissages*. En ellas, Willy ya es aquel obeso “que ostenta un vientre de lloica” con un cuerpo que tiene “la dureza de un plumón relleno de piedras”, un rostro “cuyas facciones todas obedecen a curvas, coronado por una calvicie que atrae la luz y las miradas”. “Ojos de mirar turbio, azuloso e impenetrable”. Ella, en cambio, aunque vestida al estilo de una alumna interna de convento, tiene ese candor de la mirada y esa gracia en los modales que conservará durante largo tiempo. Es linda, y, según opinaba su madre, “quizás si lo era tanto más cuanto más boba parecía”.

Colette es recta; Willy es un personaje corrompido. Posee ella aquel “carácter intransigente, bello, absurdo” que es propio de las jóvenes formadas por una madre digna, generosa y proba. Maniático, vicioso, él la engañará después de haber tratado de pervertirla, habiéndolo conseguido en parte. Colette es una provinciana en íntimo contacto con la naturaleza; Willy, un habitante de la ciudad,

lleno de artificios. Pertenece ella, en cuerpo y alma, a aquel rinconcito de la campiña de la Borgoña donde, en su calidad de "hija de su aldea" vivió en libertad; "amando cada cosa por lo que es y tal cual es". El, en cambio, es un típico ejemplar de parisiense mundano del apogeo del 1900, "hermosa época", tan adulterada, sin embargo, tan artificial y de tan pésimo gusto.

En fin, Willy no la ama y muy pronto ella no tendrá para él otro mérito sino el de ser una "utilidad", sometida a megalomanías diversas, condenada a los trabajos de pluma o a los ejercicios de *music-hall*, pero siempre engañada.

Mal comprenderíamos, sin embargo, la gravedad de aquella crisis si no fuésemos sensibles a lo que pudo unir Colette a Willy.

A pesar de su edad y de sus bajas, Willy es seductor. Es misterioso y ya, en aquel tiempo, el misterio de los seres atraía a Colette. "Lo que habría que escribir es la novela de ese hombre. La dificultad reside en que no existe ser alguno que lo haya conocido íntimamente". Qué novela más extraña, la existencia de ese personaje enigmático que muere en la miseria, aunque asediado por las cifras, por la pasión del dinero que hay que juntar, adquirir, atesorar; de un literato que tenía escritores a sueldo y cuyas obras firmaba él; pero extraño hasta el punto de escribir diez páginas de correspondencia, de multiplicar telegramas y mensajes para obtener de alguno de sus "esclavos" un articulillo de pocas líneas.

Misterio, o más bien, autoridad misteriosa. Colette lo teme y no es ella la única en temerlo. "Tres o cuatro mujeres tiemblan aún al oír su nombre. Tres o cuatro de las que conozco. Ahora que él ha muerto, dejan de temblar. Cuando él vivía, confieso que había motivo por qué temblar". Autoridad brutal a veces, pero más a menudo insidiosa. "Al hombre con quien me había casado, le había sido deparado el don, ejercía la táctica, de ocupar sin descanso un pensamiento de mujer, el pensamiento de varias mujeres; de estampar, dejar y mantener una huella que no pudiera confundirse con otras". Willy goza de prestigio. Parisiense ya célebre, logrará que la provincianita reacia que es ella guste del "sabor frívolo y penetrante

de la vida bohemia". Tiene talento, "más talento del que tenían aquéllos que escribían en su vez y lugar". Y, a pesar suyo, Colette le está agradecida de sus escasas loas y de sus acerbos críticas.

Muy mal armada estaba para ese grave encuentro "la hija del campo" frente a aquel "rudo adversario". Porque Colette amó a Willy con todo el entusiasmo, el coraje y las curiosidades de un primer amor. Para ella fué esa una aventura a la que se entregó por entero y sin sospechar siquiera que pudiera terminar algún día. Ella nos habla de "ese impregnarse desde la piel hasta el alma" y hasta qué punto "el amor la hizo tan afortunada, tan henchida de placeres en la carne, de tormentos en el alma", pues "en amor sólo cuenta el primer amor". Ella supo de "ese arrojarse insigne de las jóvenes", de "ese orgullo que hace que ella permanezca muda y valiente aún en aquellos momentos en que quisiera lanzar el grito sincero y oportuno, el grito clamoroso del despertar y del miedo". Más tarde, deseosa de no ocultarnos nada de lo que fueron entonces "sus estados de ánimo", confiesa algunas disonancias. Se arrepiente de haber comenzado por el deleite, "culpable deleite, horrible e impuro arranque de adolescente".

Le mortifica el no haberse opuesto siempre con intransigencias a ciertas bajezas de su marido, el ser "una de tantas muchachas apenas núbiles, que sueñan con ser el espectáculo, el juguete, la obra maestra y libertina de un hombre maduro" y quizás si eso se deba a que "la repulsión no es una delicadeza femenina".

Atribúyase esto ya a un ardiente deseo de absoluto o a curiosidades viciosas, Colette luchará por mantener su ilusión primera con "una terrible porfía que hará que prefiera sufrir por el amor antes que renunciar a él o lamentarse".

Esta situación ambigua de una mujer frente al hombre que la engaña y la hechiza, que la amedrenta, y al que admira, explica la duración, la gravedad y las peripecias del drama que sufriera Colette.

Un año o dos después de su matrimonio, descubre que Willy la engaña con Charlotte Kinceler. Estuvo a punto de morir. "Siempre

llega un momento en la vida de los seres jóvenes en que el morir les parece tan normal y atrayente como el vivir, y vacilé". Sólo, Sido, su madre, sabrá sustraerla de tan terrible incertidumbre.

Detengámonos aquí. La actitud compleja que observa ante aquella muerte frustrada, actitud que es mezcla de admiración y pesar, será seguro indicio de que aquella grave enfermedad fué para Colette el momento decisivo de su existencia. Admiración ante esa resistencia femenina que ella no presagiaba. "Sólo en el sufrimiento la mujer es capaz de superar su mediocridad". En esos casos su resistencia se infinita; pueden usar y abusar de ella sin temor a que se muera, viendo modo de que alguna pueril cobardía física o alguna esperanza religiosa la distraiga del suicidio simplificador... "Una mujer no puede morir de pena".

Intimo y secreto pesar de no haber cedido a la fatalidad del amor, a aquella funesta pureza del héroe raciniano cuya única meta es lo absoluto, dado que después, después de "ese primer perdón que es el único que cuesta", el amor, "ya no es, en lo sucesivo, sino una de las grandes trivialidades de la existencia".

Seguirá, pues, viviendo Colette. Gracias a los contados amigos que, receloso, Willy le autoriza frecuentar: Paul Masson, Marcel Schwob, Pierre Veber, Jean Lorrain, Otero... Gracias también al lenguaje de la música, que encierra contradictorios consejos, aprenderá que "la norma todo lo sana" y encontrará en el teatro y en la creación novelesca no sólo una compensación sino también una disciplina de vida. Más que todo, el regreso al pueblo natal, o los estíos en los Monts-Boucons, le permitirán escapar de aquel infierno de los celos, del que no se ve exento el héroe de *Dúo*.

Seguirá viviendo Colette, mas dejará de ser Claudine, Aprendió, entonces, la "diferencia que hay entre el estado de niña y el de mujer, entre la vida del campo y la vida de París, entre la presencia —o tan solo la ilusión— de la felicidad y su ausencia, entre el amor y el laborioso y agotador deleite sensual".

Supo de tolerancias y disimulos, de acatar pactos con enemigas de "larga, cobarde y total complacencia". ¿Es entonces posible apren-

der a vivir?, pregunta admirada. Claro que sí, pero a costa de la felicidad. La beatitud nada enseña. "Vivir sin felicidad y no desfallecer; ¿no es ésta acaso una ocupación, casi una profesión? Ella va cambiando" ¡Qué importa que sea lentamente, lo esencial es cambiar!

¿Tendrá fuerzas ahora para hacerle frente a Willy? ¡Pobre Colette! Se cree invulnerable, pero aún no ha terminado de sufrir. Cuando Willy rompe con ella, a pesar de haber escrito "*Claudine s'en va*", se siente tan desamparada como cuando sufrió su primera desilusión amorosa".

* * *

¿Victoria? ¿Derrota? Colette ya dejó atrás la fatalidad amorosa. Debe aceptar de lleno la condición amorosa, la aventura cruel y apasionante, patrimonio de los que quieren ponerse a salvo y no logran liberarse de la esclavitud del amor físico. En adelante, y de acuerdo con las estaciones, el amor llegará a ser para ella "una ocupación, casi una profesión", o aquella "llama abrasadora y efímera de la voluptuosidad", o bien "esos períodos vacíos de amor, esos espacios en blanco de una existencia de mujer", y más frecuentemente, "aquel desierto ilimitado y monótono".

Veamos modo de ir siguiendo, dentro de su vida y de su obra, los diversos episodios de esa conquista —siempre reiniciada— del amor.

Convaleciente del mayor drama de su existencia, Colette conoció primero la ilusión de la impasibilidad. Renée Néré, heroína de *La Vagabonde*, adolorida por las traiciones de su marido, tratará de curar sus heridas y alcanzar, en la soledad y el trabajo, la invulnerabilidad que le evite nuevas caídas.

En la camaradería viril y franca, brutal a veces, que existe entre ella y sus compañeros del *Music-Hall*, cree encontrar ese *mínimum* de presencia del prójimo que nos es indispensable para vivir. En adelante, sólo "la danza, la luz, la libertad y la música" serán una

realidad para ella. Ha optado por la libertad y esa existencia libre, consagrada entera a su oficio, junto a seres rudimentarios que apenas piensan, ¿no será acaso suficiente para colmar a una mujer que “tiene un miedo estúpido al hombre, a los hombres y también a las mujeres”, Para Renée, días habrá en que “la soledad es como un vino generoso que os embriaga de libertad”; pero también, muy luego, “días en que es un tónico amargo” y otros “un veneno que nos arroja de cabeza contra el muro”. Es ahora presa fácil para nuevas aventuras y si, gracias a un costoso y brusco despertar, evita la tibia e insípida felicidad que le ofrece Maxime, no será sino para caer más hondo y conocer la amarra más penosa de un hombre poco digno de su amor. Renée —o Colette— sabe que no existe coraza sin defectos para aquellas mujeres cuyo “deseo será por largo tiempo una sed del camino”.

A pesar de nuestro anhelo y, por más que nos empeñemos, no es posible esquivar el amor.

Ninguno de los personajes de Colette esquivará el amor. Decimos personajes, pues, por un tiempo, Colette dejará a un lado aquellas memorias noveladas en que bajo diversos nombres —Claudine, Minne, Renée— mal se disimulaba ella misma.

Deliberadamente, aborda el análisis del prójimo. ¿Logra olvidarse totalmente de sí misma al estudiar a los demás? Nos es lícito ponerlo en duda, pero cualesquiera que sean al respecto las posibles revelaciones de futuros biógrafos quizás logren ellas matizar el análisis del amor que nos propone Colette, mas no lo modificarán en sus grandes líneas.

El amor sentido o descrito por Colette es, ante todo, el amor sensual despojado de todo lo que no sea la voluptuosidad, que el arte del escritor logra sugerir con extremada audacia, unida ésta a un pudor único.

Contrariamente a otros analistas del amor, Colette sólo se interesa por seres ajenos a todo lo que no sea el amor. Lo propio de la pasión amorosa radica, sin duda, en despojar al hombre de todo aquello que lo ata al mundo. “Deja uno de amar cuando ama”,

dice Proust; y dice Racine: "En el oriente desierto, ¡cuál no fué mi hastío!" Pero los héroes de Colette ni siquiera tienen por qué desprenderse de los comunes afectos de la humanidad. Sea esto un privilegio o una esclavitud, ellos no saben de sentimientos familiares —filiales o maternales— ni del honor o del patriotismo que, por tradición, se oponen, en elocuentes conflictos, a la pasión amorosa. Desconocen las ambiciones y los prejuicios comunes a quienes pertenecen a un grupo social determinado. En un siglo tan atormentado como el nuestro, jamás vimos seres tan ajenos a los dramas de su tiempo. Jamás los afanes materiales —si bien aparecen unidos a veces a las preocupaciones amorosas— son causantes de conflictos amorosos: si el dinero justifica el matrimonio de Chéri, en cambio no justifica su muerte. Menos aún vislumbramos un afán de elevarse por encima de la criatura y alcanzar, mediante sacrificios o prácticas espirituales, un absoluto religioso o metafísico. Aquí no se sitúa, como en Meredith, en el plano de la voluntad, o en el plano de la "gracia" como en Claudel, sino exclusivamente como en Proust, en el plano de la naturaleza.

Michel, Chéri, Julie, son seres totalmente disponibles a la vez que predestinados para el amor, y sometidos a su imperioso llamado. Esta aparente libertad, que no es otra cosa que el reverso de la más cruel amarra, determina la elección de los personajes novelescos de Colette: adolescentes irresponsables y ávidas de iniciación —tales como Claudine, Minnie, Phil, Vinca—; libertinas o *gigolos* cuya primordial ocupación es el amor —Chéri, Léea, Gigi y su familia—; esposas polígamas —como Julie, Alicie o Annie—; anormales sexuales, para quienes la anormalidad misma de sus pasiones constituye una obsesión. Singular desfile, sin duda, y que escandaliza al lector preocupado de lo moral; pero tampoco Phèdre, Manón Lescaut ni Marion Delorme, son, que yo sepa, modelos para internado de señoritas. Quizás haya sido preciso que Colette creara semejantes personajes para que pudiera ofrecernos esa pintura del amor, sombrío y misterioso, que satisface y libera a la vez.

Vértigo de lo sensual, dirán Uds., y tienen razón. *L'ingénue*

libertine no es otra cosa sino la larga e insistente rebusca del amor físico que se apodera de la imaginación ardiente de una muchacha de quince años. “En *Le Blé en herbe*”, Vinca (que también tiene quince años), roza el amor y —celosa, despechada— comienza por el amor físico. Lo que no tolera Michel, no es tanto la traición sentimental como el amor sensual cuya imagen erótica le persigue, y la pasión sexual de su mujer por un extraño lo llevará al suicidio.

Temerario es el tema de *La Chatte*: una mujer siente celos de una gata, la que, a su vez, la evita y aborrece. A base de un tema insignificante, difícil y discutible, Colette construye un relato hábil, flexible, variado, sensual y voluptuoso hasta la crispación. Julia, en fin, la más independiente de las heroínas de Colette, la más “corneliana”, si se nos permite la paradoja, pasados los cincuenta años, no se encuentra aún a salvo de la sorpresa de los sentidos y se llevará a su retiro campestre la imagen de Herbert.

Jovencitas, mujeres casadas, adolescentes, hombres o ancianos, todos, sin excepción alguna, son sensuales. Sensualismo del que en vano negaríamos o desconoceríamos los múltiples placeres: la golosa Colette conoce toda la gama de ellos, desde los más perversos (*Le Pur et l'Impur*) hasta aquellas variantes de las que el medio ambiente urbano, adulterado y corrompido, sabe usar para prolongar artificialmente un deseo que va extinguiéndose. Sensualismo ajeno, sin embargo, a lo picaresco y superficial, todo impregnado de una tristeza desencantada. Es la voluptuosidad “un abismo desde el cual va surgiendo pálido, taciturno y lleno de añoranzas de muerte, el amor”. No son alegres las amantes que pinta Colette y raras veces son felices, pues el deseo no logra anular aquella hostilidad de los sexos que se yerguen uno contra otro, conforme a la intensidad de la fuerza que los incita a confundirse.

Sólo gracias a una complicada y constante disciplina amorosa, logrará el amor conservarse sensual. Para perdurar, necesita el amor una lucidez despiadada, un arte de disimulo y rodeos, una gimnasia cruel de la impasibilidad.

Quizás sea el aporte más original de Colette, de una Colette

prematuramente dañada y desde entonces resuelta a luchar, el haber recalcado a través de sus novelas la importancia de la experiencia en las cosas del amor, la necesidad que tienen quienes lo cultivan de conocer su estrategia.

Colette, que de joven no tuvo vocación literaria, puso por encima de la inspiración las cualidades profesionales: paciencia, trabajo, amar a las reglas, clarividencia. Asimismo, concibe el amor como una "ocupación", un "estado", una "profesión" que requiere adiestramiento y práctica de esas mismas virtudes.

Se la creería espontánea, bohemia y sólo nos habla de "purgatorios gimnásticos" y "disciplinas".

Desde luego, los desenlaces mismos de sus novelas se prestarían para ilustrarnos acerca de su ética amorosa. Si Léa triunfa de Edmée (*Chéri*), si Alain se aleja de Camille (*La Chatte*); si a pesar de las apariencias, Herbert prefiere Julie de Carneilhan a Marianne, de ello siempre serán responsables las víctimas, que ignoraron aquella ciencia amorosa, única capaz de alimentar un deseo inconstante y de frustrar las emboscadas de la jungla parisiense.

Aquí, el menor desfallecimiento será fatal y la heroína de Képi, culpable de un único gesto —aunque anacrónico— lo experimenta en carne propia. Tanto el prestigio de la juventud como el de la pureza, pesan muy poco en comparación de una experiencia difícil y lentamente adquirida. Jamás habíamos visto semejante consumo de vírgenes inexpertas.

Quizás si en este caso la biografía se preste para explicar este privilegio de la mujer madura: Colette escribe *Chéri* a los cuarenta y siete años y *Julia de Carneilhan* a los sesenta y ocho. Racine sólo tenía veintiocho cuando escribió *Andromaque* y treinta y ocho cuando escribió *Phèdre*.

Más aún, las peripecias de cada novela son las de una lucha cruenta, lucha en que los adversarios quieren "jugar limpio", según las palabras de Léa. Hasta los adolescentes, Phil y Vinca, saben lo que quieren y hacia dónde van. Sin exaltación, se mata *Chéri*, después de un análisis frío y minucioso de los demás y de sí mismo.

Fanny y la Seconde no se dejan dominar por su agresiva rivalidad y, con una prudencia y cordura muy femeninas, prefieren pactar un acuerdo secreto a fin de llenar esa soledad en que las dejara el hombre que ambas aman. Julia de Carneilhan que es, de todas las heroínas de Colette, la que se encuentra más cerca de su corazón, sabe manejar ensueños y deseos y vivir de sus caprichos, viendo siempre modo de no sucumbir.

Tampoco nos extrañará que, para aquellos seres consagrados al amor, sean objeto de cotidianos desvelos los ingredientes del amor. Cuidados del rostro y del cuerpo, esmero en borrar los menores ultrajes del tiempo; perfumes y afeites, joyas y adornos, alcoholes y *jazz*; la necesidad de todos esos accesorios del amor, destinados a retener al ser amado, aparece cien veces subrayada en el curso del relato.

Uno de los maridos de Colette le habría sugerido un día que escribiera “un manual destinado a enseñar a las mujeres el arte de vivir en paz con el hombre que ellas aman, un código de la vida de a dos”. Si bien Colette no hizo caso de ese peligroso consejo, encontramos, no obstante, en su obra los elementos de un arte de amar de carácter un tanto particular. Arte de amar que no enseña ciegas complacencias ni facilidades pero que, en cambio, exige de la mujer —paradójicamente— algunas de las virtudes más difíciles. Grande le queda la palabra virtud a este arte en el que entra más astucia que franqueza, más crueldad que generosidad; pero acaso sí, más allá del desprecio, más allá de la compasión, lleguemos a sentir, al igual que Colette, cierto aprecio por esas mujeres que, conscientes, aceptan librar un combate que saben perdido de antemano, para conseguir un fin que jamás logrará aplacar el miedo que tienen a la soledad. Estuvimos a punto de escribir, de esas mujeres y de esos hombres, pero habría significado olvidarse de que en la obra de Colette donde pocos son los que mueren, las únicas víctimas —Chéri y Michel— son masculinas. Sólo la mujer es capaz de asumir, hasta su último extremo, la condición amorosa. Al hombre únicamente le pertenece la fatalidad amorosa.

* * *

A quienes vivieron del amor les queda aún una postrera virtud, que por ser la más desesperada es también la más temible, y esta virtud es la resignación.

¿Lograría Colette alcanzarla alguna vez?

Tal podríamos creer después de leer *La Naissance du jour*. ¿No es acaso allí donde el amor se vuelve “una de las grandes trivialidades de la existencia”?

¿Y no es, en adelante, Colette la que salió en busca de nuevos motivos de existencia en la naturaleza, en los animales y también en los recuerdos de su juventud y de Sido? Poco a poco ella va cambiando su primitiva afición al placer y a los deleites de la carne por un amargo desprecio de la felicidad.

¿Habrá llevado a la práctica esa cordura dispersa aquí y allá, en su obra, y que tendemos a exagerar? No nos la figuremos más cuerda de lo que ha sido, si bien es cierto que la edad impone más cordura. ¿Acaso los años impusieron a Colette ciertos abandonos, ciertos renunciamientos? Nada más inseguro...

Hubo un momento en que quisimos ponerle como título a este artículo “Colette o el amor vencido”. Más atinado nos parece el título que escogimos.